LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO IX — BARCELONA 5 DE MAYO DE 1890 — NÚM. 436

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VESTAL, cuadro de Gabriel Max, grabado por Bong

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

VESTAL

cuadro de Gabriel Max, grabado por Bong

Con razón merece Gabriel Max el título de pintor de las testas hermosas. En efecto, pocos como él se han dedicado con tanta constancia á reproducir en sus cuadros los más bellos bustos y no tememos pecar de exagerados si decimos que poquísimos, quizás ninguno ha logrado aventajarlo en esta especialidad.

Pero no se limita el genio de Max á trasladar al lienzo lo que pudiéramos llamar belleza terrenal de las mujeres por él copiadas ó concebidas, sino que buscando el ideal artístico en más elevadas regiones sabe imprimir en ella un sello poético, algo espiritual que infunde vida y sentimiento á sus acabadas pinturas.

De ello podrá convencerse cualquiera que contemple, por ejemplo, la *Vestal* que en el presente número reproducimos: examinándola, la vista se recrea ante una corrección de líneas sin tacha, la imaginación se exalta en presencia de unas facciones admirablemente bellas, pero más que en todo ello gózase el alma en la expresión de aquella dulcísima mirada, reflejo de afectos purísimos, revelación de ardientes esperanzas y manifestación clara de un pensamiento que se lanza á los espacios infinitos y de una voluntad que anhela penetrar en el más allá en donde el espíritu le dice que han de verse satisfechas sus indifinidas aspiraciones.

EN ACECHO

cuadro de Juan Muzzioli

Quién es Muzzioli y hasta qué punto son estimadas sus obras en su patria y fuera de ella sábenlo nuestros lectores por lo que hemos dicho acerca de este artista con ocasión de publicar sus cuadros *Los funerales de Británico* y *¡Al fin!* en los números 404 y 422 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

De factura elegante y graciosa, bien sentido y no menos bien ejecutado, su cuadro *En acecho* que hoy reproducimos confirma nuestro juicio en anteriores ocasiones emitido acerca de su autor y acredita á éste como uno de los más afortunados en la pintura de género que tantos cultivadores y aficionados tiene hoy en el mundo artístico.

IDILIO

cuadro de H. Jochmus

Este antiguo idilio pastoril que tantos atractivos ha ofrecido á los artistas de todos los tiempos, ha tenido un excelente intérprete en el joven pintor Harry Jochmus, ex alumno de la famosa escuela de Dusseldorf.

Mientras los rebaños descansan en la risueña playa, el pastor entona melodiosas notas que se confunden con el suave murmullo de las cercanas olas y la bella pastora, fijos los suyos en los ojos de su amado, escucha embebecida las dulces cantilenas, no tan dulces, sin embargo, como los amorosos coloquios en que tantas veces se han confundido sus corazones.

El tono general del paisaje pródigamente embellecido por los encantos primaverales se ajusta de una manera admirable al carácter idílico de la plácida escena y hace nacer cierta melancolía en el ánimo del espectador al considerar que aquella feliz Arcadia sólo puede existir en la mente de los poetas y en los lienzos de los pintores.

¡MI MARIDO!...

cuadro de Mr. Vail, grabado por Baude

(Salón de París de 1888)

¡Mi marido! Tal es el grito de alegría que se escapa del pecho de la esposa del pescador cuando, después de algunos minutos de angustia, largos como siglos, ve desembarcar sano y salvo á aquel por quien ha temblado cuando luchaba contra el furor salvaje de las olas. Y sin cuidarse de la furia de los elementos, lánzase con su hijo en brazos al encuentro de la pobre barca que una vez más ha salido vencedora de la terrible prueba y ha arribado felizmente á seguro puerto.

Esta escena parece haber sido arrancada de la vida real por el reputado pintor Mr. Vail que ha sabido reproducir con raro acierto todos los detalles de la misma y dar al conjunto un movimiento tan justo, una sinceridad tan intensa que fácilmente se explica el éxito obtenido por este cuadro en el Salón de París de 1888, en donde fué objeto de general admiración.

DE COMÚN ACUERDO

cuadro de Leopoldo Schmutzler

¿Qué es lo que se han propuesto conseguir de común acuerdo las dos amigas del cuadro de Schmutzler? ¿marear, como vulgarmente se dice, al mancebo que las acompaña? Pues si es así, no cabe duda alguna de que á la postre lograrán su propósito, porque el hombre más frío y más dueño de sí mismo (y no creemos que sean estas las cualidades que más brillen en el joven de *autos*) sería incapaz de resistir el fuego graneado de diabólicas miradas, enloquecedoras sonrisas y chispeantes palabras de las dos hermosas jóvenes. Pero sospechamos, y el cuadro mismo nos da sobrados indicios para sospecharlo, que al fin y al cabo se compadecerán de su víctima y que la que se recata detrás de su compañera y con poco disimulo le apunta se rendirá á las instancias del obstinado asediador, sin perjuicio de contar esta aparente *derrota* en el número de sus más brillantes victorias.

El cuadro sobre este asunto compuesto por Leopoldo Schmutzler contiene bellezas de no poca valía, entre las cuales sobresalen, á nuestro modo de ver, la elegante sencillez de la composición y la naturalidad con que está concebido y ejecutado el grupo de los tres simpáticos interlocutores.

Facsímile de una fotografía de la luna obtenida en el Observatorio del monte Hamilton

El Observatorio fundado en 1874 por el rico americano Mr. J. Lick é instalado en la cumbre del monte Hamilton (California) constituye, por la pureza del cielo y de la localidad en donde ha sido construído, uno de los más favorecidos lugares de estudio. Recientemente se han obtenido en él, gracias al telescopio ecuatorial que es el instrumento más grande y más potente de su especie en el mundo entero, hermosas fotografías de la luna, una de las cuales es la que reproducimos. En ella aparecen marcados con limpieza suma los relieves topográficos de nuestro satélite que, debidamente agrandados (como ya con algunos lo ha hecho Mr. Holden, el director del Observatorio) han de permitir á los selenógrafos obtener resultados importantes para el estudio á que se dedican.

En la sección americana de la Exposición de París de 1889 figuraban algunas pruebas aumentadas en papel al gelatino-bromuro, varios clichés lunares y vistas detalladas del colosal telescopio, que fueron regaladas, al cerrarse aquélla, al Observatorio de París en una de cuyas salas pueden admirarlas los numerosos visitantes del grandioso establecimiento científico de la capital de Francia.

EL BANCO DE AFRICA, JOHANNESBURG

tal como era en 1887 y tal como es en 1890

El rápido incremento que de poco tiempo á esta parte ha tenido Johannesburg, ciudad del Transvaal, se demuestra con sólo contemplar los dos grabados que representan tal como era hace tres años, y tal como es ahora el edificio que allí tiene el Banco de Africa, sociedad domiciliada en Londres y con sucursales en los principales puntos del Africa meridional. En 1887 la sucursal de Johannesburg era poco más que una cabaña construída con planchas de hierro ondulado; en la actualidad es una construcción magnífica hecha con piedra y madera, emplazada en uno de los mejores sitios de la ciudad y distribuída interiormente con gran acierto así para la conveniencia del público como para la comodidad de los empleados.

El último censo de Johannesburg acusa una población de 40.000 habitantes.

EL MARCO NEGRO

(Conclusión)

XI

La señora Tomasa sucumbió al ataque; al día siguiente murió. Antonio se afligió poco menos que al morir su padre, y poco menos se asombró de encontrarse de nuevo con la muerte arrebatándole un ser querido. La ley natural de extinción de la vida, y más natural aún cuando recae en persona de edad avanzada, no le parecía á Antonio ley, sino delito.

La portera, buena hasta el postrer instante, legó su humilde peculio á Antonio. Este pudo vivir. Con el dinero heredado pagó por dos meses su habitación, compró algunos enseres y alguna ropa nueva (¿para qué? él mismo no lo sabía, y no obstante, le parecía esta compra indispensable); con lo que restaba, fué comiendo. Bernarda, la planchadora, le guisaba el escaso alimento que consumía. En la portería había entrado gente extraña.

El lúgubre suceso mencionado desbarató por el momento los designios de Cecilia. Antonio Alegre, más que nunca triste, estaba siempre en casa. Había empezado á componer un cuadro, que le sugirió un drama que había leído por aquellos días: una hermosa castellana escuchando las amorosas frases de un doncel. Ocioso es decir que la dama sería Cecilia; cuanto al doncel, ¿quién sino él mismo?

No pintaba ya, sin embargo, cuando ella salía al terrado. Prefería deleitar sus ojos mirándola sin tregua.

En breve plazo el poco dinero que Antonio guardaba se acabó. No lo notó al punto, porque Bernarda seguía dándole de comer sin recibir el importe de la comida; pero al notarlo manifestó, ya que no cólera, porque la cólera en él no cabía, tal vergüenza y tal dolor, que la planchadora prometió no fiarle en lo sucesivo.

Cogió Antonio algunos pocos cuadritos que andaban revueltos en su pobre taller; fuése á la tienda de un chamarillero cercano – no conocía ningún comerciante de pinturas, ¡no conocía siquiera Madrid! – y los vendió por lo que al prendero le plugo darle.

Con aquello comió unos cuantos días.

Después vendió otros cuadros, muebles, efectos... hasta el lienzo de la dama y el galán, que borró con lágrimas en los ojos, y donde pintó apresuradamente un Santo. No le quedaba ya más que la cama, dos sillas, alguna ropa, los avíos de pintar y el retrato de Cecilia. La miseria iba instalándose en aquel aposento como en su albergue propio.

El único consuelo de Antonio era ver á Cecilia en el jardín. Entonces olvidaba cuanto padecía – como aquellos mártires que en medio de los tormentos sonreían, columbrando en su agonía la gloria eterna.

Una mañana se asomó á la hora de costumbre; aguardó; pasaron horas: Cecilia no salió.

Al día siguiente, lo mismo, y al otro y al otro.

– ¡Dios mío! – sollozó más que clamó Antonio. – ¿No la veré ya más?

Aquel día, por la pena no comió. Bien le avino; aunque hubiera querido comer, no hubiera podido. Ya no tenía con qué comprar comida.

XII

Un hombre de facha vulgar, con ribetes de tosca y grosera – según todas las apariencias, un lugareño rico, – entróse de rondón en la desmantelada vivienda de Antonio, donde éste yacía muriéndose de amor más aún que de pobreza.

– Es usted el Sr. Alegre, uno de esos que pintan santos, ¿verdad? – preguntó rudamente el desconocido.

– Sí, señor, – repuso un tanto sorprendido Antonio, aunque sin salir de su abatimiento.

– Pues mire usted, yo vengo porque me ha enviado el tío Ambrosio, el prendero de la esquina. Busco por encargo del Ayuntamiento de allá, del pueblo – yo soy concejal, – busco quien nos pinte un San Silvestre, que es nuestro patrón. Lo queremos muy grande, así como esa santa tan guapa que hay ahí entre flores, – y señalaba el retrato de Cecilia. – Y queremos gastar poco. ¿Conviene?

Antonio se estremeció de esperanza: aquel hombre le traía medios de vivir por algún tiempo; esto es, de seguir viendo por algún tiempo á Cecilia.

– Sí, señor, acepto, – dijo.

– Muy bien. ¡Es que ha de estar pronto y con colores finos! Le pagaremos á usted veinte duros en plata, á toca teja. ¿Estará dentro de cuatro días? No puedo aguardar más tiempo. ¿Estará?

– Sí, señor, – contestó resueltamente Antonio.

– Ea, pues, hoy es martes; hasta el viernes.

Y el rústico concejal dió un apretón de manos al artista, después de hacerle varias recomendaciones impertinentes ó sandias, y se marchó.

Antonio no oyó sus últimas palabras; oía, sí, por la puerta abierta que en la del lado un lacayo decía á Bernarda que previniese la ropa, porque la señorita Cecilia iba á volver de Aranjuez al día siguiente.

De modo que si durante aquel tiempo no la había visto era por estar ausente, no por otra cosa. ¿Y por qué *otra cosa* había de ser? Ni lo sabía, ni quería saberlo.

Cobró ánimos con la noticia, pensó que la vería al día siguiente, y se dispuso á pintar el San Silvestre encomendado.

Pero al ir á coger los pinceles palideció, dobló la cabeza y cayó, más que se sentó, abrumado en una silla. Tenía aún colores y pinceles, pero no lienzo, á no ser el del retrato.

¿Qué hacer en tan angustioso trance?

En balde fatigó su pensamiento para resolver el conflicto. Solo, desconocido, sin crédito, sin recurso alguno, ¿dónde y cómo comprar la tela que necesitaba? Y no adquirirla, no pintar, no percibir el importe de su trabajo, era morir... no, era no ver más á Cecilia.

El infortunado joven miraba al retrato, altar de su amor, fruto de su alma, y al mirarlo, antojábasele que Cecilia le sonreía en él... Luego miraba en torno y veía la miseria cruel é implacable, que con su mano descarnada, verdadera mano de esqueleto, tiraba de él con la violencia y el frío de unas tenazas.

Antonio se asomó á la ventana. El día estaba nublado y no entraba el sol; la esperanza tampoco.

Se levantó, procuró serenarse, y contempló cara á cara el dilema terrible que se erguía ante él.

O no pintar y morir, ó pintar y borrar el retrato.

Asió bruscamente la paleta, mojó en ella una brocha y se acercó al lienzo... pero al ir á manchar tan peregrino rostro, paleta y pincel cayeron, y él mismo cayó ante el lienzo sollozando...

Así llegó la noche. Antonio no durmió y tuvo fiebre; la debilidad de su cuerpo, falto de alimento veinte horas hacía, y el padecer de su espíritu acalenturaron su cabeza. Un cerco morado oscuro rodeaba sus ojos; la palidez de su rostro era cadavérica. Estaba, sin embargo, hermoso, con la hermosura de un San Francisco de marfil, esculpido por Alonso Cano.

Se asomó al jardín, nadie; miró en torno, nadie; se acercó á la buhardilla de Bernarda, nadie. Solo en su cuarto y solo en el mundo.

Con la faz torva, la mirada fija, el ademán brusco y violento de un loco, asió de nuevo el pincel, y de un solo trazo de color pardo y sucio borró la gentil cabeza de Cecilia...

Pero no pudo seguir; sintió el mismo horror, el mismo que hubiese experimentado cortando una cabeza humana á cercén con un cuchillo... Corrió á la puerta, la abrió, se precipitó, sin cerrarla, por las escaleras, ganó la calle, corrió más, y no paró hasta que, ya en el campo, arrojóse contra el suelo, mirándose espantado las manos. ¡Creía tener sangre en ellas!...

XIII

Cecilia acababa de llegar de Aranjuez. Estaba de tal modo impaciente, que apenas atendía á lo que le hablaban... No, harto había esperado, no quería padecer más; vería el retrato aquel día, costase lo que costase. De muy mal grado había salido de Madrid y marchado al Real Sitio, obligada por negocios de su padre, que no la dejaba nunca; pero ahora ya no consentía más retardos.

Al entrar en su casa, el general cambió de traje y echóse á la calle desde luego.

Cecilia se encaminaba á la galería, cuando entró, acompañada de Marcial, la planchadora, y le dijo con gran premura:

– Señorita... esta es la ocasión: el pintor ha salido, contra su costumbre, y ha dejado abierto...

– Sí, sí, – afirmó Cecilia, nerviosa, – subamos.

Y sin escuchar las advertencias de Marcial, que disputaba con Bernarda, envolvióse la cabeza con una mantilla, tiró del viejo asistente, empujó á la planchadora, salió de casa, dió la vuelta hasta entrar en la calleja donde vivía el artista, cruzó el portal como una flecha y subió con tal prisa y tal fuerza juvenil los escalones, que aun estaban en el primer tramo Marcial y Bernarda cuando llegaba Cecilia á la puerta del aposento de Antonio.

La empujó, no sin ligera zozobra; entró, y sin reparar



EN ACECHO, cuadro de Juan Muzzioli

en nada fuése hacia un gran bastidor que de espaldas á la puerta y de frente á la ventana había. Aquel era, sin la menor duda, su retrato. ¡Por fin! Pero al llegar á él vió lo que no podía imaginar: el retrato, sí, pero con la cabeza grosera y brutalmente embadurnada por una gran mancha pardusca.

Cecilia sintió asombro, luego pena; se le saltaron las lágrimas... La ira las secó. Con la prontitud é irreflexión propias de una niña mimada, herida en lo más vivo por primera vez, tiró de un pedazo de papel, cogió un lápiz, escribió en él rapidísimamente dos líneas, se arrancó de la cabeza un agujón de oro en forma de daga, que llevaba siempre, y clavó el papel, como un cartel de desafío, en el pecho de su propia imagen.

Hizo esto con tal celeridad que, cuando Marcial y Bernarda, que habían subido lentamente, llegaron al cuarto de Antonio, Cecilia salía ya de él roja de furor, echaba la puerta tras sí y gritaba á sus atónitos acompañantes, que la siguieron sin obtener explicación ninguna:

– ¡A casa! ¡á casa!

. . . .

Una hora después Antonio cruzaba los umbrales de la suya. Caminaba despacio y más sereno; el sacrificio horrendo estaba consumado. ¿Qué más le podía suceder?

Subió la escalera, pues, casi tranquilo, y entró en su aposento, casi resignado. Nada reparó de extraordinario en él. Mas al acercarse, no sin llevar el pañuelo á los ojos, á lo que consideraba como el cadáver de un retrato, vió aquel agudo puñal de oro, que reconoció al punto, vió aquel escrito, que al punto adivinó, y leyó estas palabras, que más benignas le parecerían á un reo las de su sentencia de muerte:

«*La osadía pudo obtener indulgencia; la grosería sólo desprecio.*»

Antonio permaneció algunos instantes de pie, lívido el semblante, los ojos muy abiertos y sin vida – como aquel á quien una estocada ha clavado contra un muro; – después, sin pronunciar palabra, cayó desplomado al suelo.

XIV

Transcurrió más de una hora. Nadie acudió en socorro del pintor. Bernarda, su única vecina, no estaba.

Recobró al cabo el sentido; se levantó trabajosamente; llegóse, casi arrastrando, hasta el fementido lecho, y se acostó en él. Diéronle allí nuevas congojas, llantos amarguísimos, accesos de furia, delirios espantosos... y ¡solo siempre! Al cabo cedió la crisis y Antonio se aquietó. Entonces meditó un rato, con su apacibilidad y dulzura ordinarias. Había ya resuelto el problema; había decidido morir al día siguiente, y se quedó tranquilo. Aquella noche durmió.

A la otra mañana se levantó y acercó el caballete, no sin trabajo; carecía de fuerzas Habíase cerrado con llave y habíase negado á abrir y á hablar á la buena de la planchadora, que acudía, muerta de curiosidad, á ver si Antonio le explicaba lo que no había querido explicarle Cecilia.

Antonio llegó al retrato, arrancó cuidadosamente el agujón, sacó de él la hoja escrita, la besó, la dobló y la guardó en el pecho; después cogió un trapo de la caja y arrancó toda la masa de color que había puesto sobre la cabeza de la figura. Como la cabeza estaba ya seca y la mancha tierna todavía, no fué la operación difícil, y el rostro de Cecilia reapareció tan bello como antes.

Eran convenientes, sin embargo, algunos retoques, y Antonio se entregó con ardor á esta tarea. Al cabo de poco el retrato destacaba, más luminoso que nunca, de su marco negro.

El artista cogió una cortina de percal que, á guisa de cubrecama, le pusiera en otro tiempo la señora Tomasa, y envolvió cuidadosamente con ella el cuadro, de manera que no se pegase al color reciente.

Tomó después papel y lápiz y escribió una carta á Cecilia. La carta revelaba la sencillez de un niño y la abnegación de un mártir. Limitábase á referir por qué había pintado el retrato, por qué había empezado á borrarlo y por qué lo había restaurado después. Sólo por ver á Cecilia había querido vivir; pero si ella le despreciaba, era inútil que viviese... La carta terminaba así:

«No tengo que legar nada, ni á quien legarlo. Solamente poseo una cosa: el retrato de usted. Permítame usted que se lo envíe; de usted es, y á usted debe ir. Permítame usted también que guarde la daga de oro; quiero morir *de ella*. Me será muy dulce sentirla en el corazón. Allí encontrará á su dueña...»

Firmó y cerró el papel en un sobre.

Después se asomó al jardín. Bien sabía que á aquella hora, y mucho más *aquel* día, no habría *nadie*. Permaneció, no obstante, algunas horas en la ventana, con la fisonomía apacible y melancólica que le era habitual.

Más tarde, y tras ligera vacilación, sacando fuerzas de flaqueza, salió de casa, fuése frente á la del general, se recató en un portalillo oscuro, y esperó. Oyóse al cabo de un rato estrépito de cascos de caballos y ruedas de coche, y apareció una carretela, llevando en sus asientos al marqués y á su hija.

Antonio volvió á su buhardilla, llamó á Bernarda y le suplicó que con un mozo de cuerda llevase aquel cuadro á casa del general, y que ella misma entregase á Cecilia aquella carta; todo cuando volviesen de paseo. Habló á Bernarda con tal acento de tristeza, con tal aspecto de desolación y de amargura y al propio tiempo con tal suavidad, que la planchadora ni se atrevió á preguntarle lo que deseaba saber ni le replicó, y fuése, llevándose papel y retrato.

Antonio quedó solo otra vez. Tenía más de dos horas ante sí; las que emplearía Cecilia en el paseo. Cogió el agujón de oro, y del mejor modo que pudo le aplicó, con palos de pincel y trapos, una empuñadura. Todo él quedaba como hoja y podía clavarse entero. Salió otra vez á la ventana; desde allí miró mucho rato el sitio donde solía Cecilia pararse; aun había una maceta desviada, porque Cecilia la había apartado con el pie para colocarse mejor delante del artista...

Antonio pensó luego en su padre, en su madre, que no había conocido, en la portera... Este viaje del espíritu hacia la región de los muertos hacía más ligero y más grato el que él mismo iba á emprender. Entróse dentro, fuése hacia la cama y asió el puñal... En esto sonaron pasos muy recios junto á la puerta y dieron en ella con un puño repetidas veces. Antonio, contrariado como amante cuya boda se interrumpe al dar principio la ceremonia, fué á abrir. Era el concejal lugareño, y venía á ver cómo andaba el *San Silvestre*.

Antonio, sonriendo, le señaló la estancia sin cuadros de ninguna especie, y añadió blandamente que no pintaría más.

El hombre se desató en gritos y en denuestos: voceó, alborotó, soltó enorme carga de sandeces, y después de un cuarto de hora de hablar solo, pues Antonio no le contestaba ni apenas le oía, salió dando un portazo y echando demonios por la boca.

Antonio, al que la inanición dominaba ya y del que se apoderaba el plácido delirio del desvanecimiento, no pudo llegarse á cerrar la puerta. Pero en la misma cama alzó el brazo cuanto pudo y dejó caer la punta de oro sobre el pecho: la sangre brotó al golpe, y Antonio quedó sin sentido.

. . . .

XV

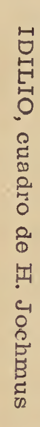
Cecilia, por disimular, había salido á paseo. Pero estaba desde el día anterior tan desazonada, que el mismo empeño que ponía en ocultar su disgusto alteró más todo su ser. Así es que de súbito, y cuando entraba el coche en el Retiro, exclamó:

– Papá, volvámonos; me encuentro mala...

Su padre, alarmado, dió la orden de regresar y le hizo varias preguntas. Cecilia contestó que sin duda le había sentado mal un queso helado tomado en hora inoportuna. Cecilia decía siempre la verdad, pero en aquella ocasión la verdad era indecible.

Al entrar en su cuarto para echarse en la cama – después de tranquilizar con palabras y caricias á su padre, – deseando más que todo hallarse sola, y, como ella decía, «rabiar á gusto,» quedó estupefacta. Frente á la puerta, y sostenido por dos sillas y la pared, se alzaba su retrato sin mancha que alterase su hermosura.

La doncella, que para desnudarla la había seguido, le explicó que Bernarda había traído el cuadro y un papel; que había dicho que no pudo negarse á traerlo y que se había marchado por si la señorita se enojaba.



IDILIO, cuadro de H. Jochmus



¡MI MARIDO!... cuadro de Mr. Vail, grabado por Baude

Nerviosa é impaciente tomó Cecilia la carta, la abrió, la leyó aceleradamente, y...

– ¡Papá! ¡Papá! ¡Marcial! ¡Corred! ¡Venid!... ¡Oh, Dios mío! – gritó pálida, trastornada, sin poder alzar la voz cuanto quería, corriendo en busca de los que llamaba, que, asustados, corrían á su vez hacia ella. – ¡Ve en seguida, pero en seguida! – clamaba desesperadamente al mayordomo. – ¡Que se mata, que se habrá matado ya!

– Pero ¿quién? – preguntaron á un tiempo general y asistente.

– ¡Antonio, el pintor! ¡Por mi culpa! ¡Oh, Dios mío! ¡Si lo hubiera sabido!... ¡Fué por necesidad, por no morirse de hambre!... ¿Y ahora? ¡Ay, Virgen Santísima!...

Los circunstantes la miraban alarmados; creían que desvariaba. Sólo Marcial sacó algo en claro.

– ¿El pintor vecino se mata por culpa de usted?

– ¡Sí, sí, corre!... ¡Dejadme todos! – mandó á la servidumbre, que á las voces se había reunido en la sala. – ¡Mira!... ¡Lee! – siguió cuando se marcharon, y alargó á su padre la carta de Antonio.

La leyó el marqués; comprendió prontamente el caso, y volviéndose á Marcial:

– ¡Sí, sí, corre! – dijo. – Acaso llegues á tiempo de impedir semejante atrocidad. De todos modos, envío por el médico para que vaya.

– ¡Oh, bien, papá, muy bien! ¡Qué bueno eres! – exclamó Cecilia, mientras el antiguo soldado corría á cumplir las órdenes y un criado corría en busca del doctor. – Ven – siguió – y sabrás el talento que tiene este pobre muchacho (¡ay, quién sabe si habrá que decir *tenía!*). ¡Sabrás también cuánto me quiere! – y tirando de su padre, llevóselo al cuarto de ella y le enseñó el retrato.

Absorto y cautivado quedó el marqués ante obra tan peregrina, y decretó en su corazón premiar al autor de ella... si aun era tiempo.

XVI

La indisposición de Cecilia y la visita del palurdo habían salvado la vida á Antonio: ésta retrasó el suicidio; aquélla permitió socorrerle á tiempo. La herida era leve, porque al brazo, como ya dijimos, le faltaba vigor; la debilidad había hecho más que la herida; pero si Antonio hubiera seguido solo y abandonado, la hemorragia hubiera acabado con las pocas fuerzas que quedaban en su cuerpo.

Cuando volvió en sí, su asombro fué extraordinario. Tenía junto á la cama á Marcial, á un caballero desconocido (el médico) y á un criado del marqués. Le dió ánimos el primero, y el facultativo, á más de atender la herida que, según queda expresado, no ofrecía gravedad, le recetó tónicos y reconstituyentes, y le prohibió que hablase y se agitara.

Antonio, joven y sano al fin, se rehizo pronto. Apenas estuvo en disposición de andar, preguntó si podía dar las gracias á su bienhechor. El médico, que no ignoraba que, tanto ó más que los medicamentos, curan las impresiones gratas, y que estaba prevenido por el padre de Cecilia, accedió á ello.

Fué Marcial á la buhardilla del pintor para acompañarle, y éste, apoyado en el asistente, anduvo con forzada lentitud la corta distancia que le separaba de casa del general, y entró temblando en ella.

Dejáronle solo sentado en un sillón y en el despacho del marqués, y á poco se abrió una puerta, y la respetable figura del anciano militar apareció en el dintel.

Antonio pugnó por levantarse, por hablar. El asombro, la gratitud, el pesar, la vergüenza, todos los sentimientos reñían en su ánimo combate tan encarnizado que amenazaba destruir el campo de batalla. El general le detuvo con un gesto de autoridad que tenía algo de paterna, y dijo:

– Esté usted quieto; cálmese usted; no se acongoje. Hay que curarse... Sé cuanto hay que saber. He averiguado la vida de usted y sus antecedentes, todo; hasta que mi coche destruyó cierto día el patrimonio de usted... Sé que es usted buenísimo, que tiene usted mucho talento como pintor y que es usted muy modesto. Cediendo á la voluntad de mi hija, que manda en mí como yo mandaba en los «muchachos» (los muchachos eran los soldados para el general), había emprendido la obra de un *hotel* que se ha de decorar. Soy algo acaudalado, y había contado gastar unos 30.000 duros en decorarlo; pero como á todos nos gusta hacer un negocio, si la ocasión se presenta, daré á usted 20.000 únicamente; pero ha de pintar usted solo los techos, las sobrepuertas, los entrepaños y los *panneaux* de la casa... ¡Quieto, quieto! No he concluído. Usted es pobre, muy pobre, pero, lo repito, con talento. Yo era menos que usted: era un patán, con algún valor, según decían, que empuñó el fusil para pelear contra los facciosos, y que á fuerza de tiros y de cuchilladas y de matar gente – lo cual, á la postre, es una barbaridad – he llegado á capitán general, á marqués, á senador, á gran cruz y á qué sé yo cuántas zarandajas. *Item más*: me casé con una rica heredera, y cátame rico. Ahora bien, lo que he hecho yo con un sable, puede usted hacerlo con un pincel; mejor mil veces, porque usted, en vez de sangre, derramará bermellón... No tiene usted que agradecerme nada. Todavía queda sin pagar el retrato, y sin cobrar la indemnización por el destrozo que hizo mi *breack*. En justicia le soy deudor. Pero todo se satisfará en su día... Y no digo más porque aquí llega quien dirá lo que falta...

En efecto, del marco de ébano de una puerta (el despacho tenía zócalo, friso y moldura de la negra madera ya dicha, con tapicería de terciopelo rojo de Utrecht), de aquel marco, decíamos, como del que había pintado Antonio á su cuadro, destacaba la figura de Cecilia, sonriente y ruborosa.

Antonio, que creía soñado lo que había oído, creyó más soñado aún lo que veía. No. ¡Tanta, tan inmensa ventura no podía ser realidad!

Mas la figura, en vez de permanecer inmóvil como la de su cuadro y la de todos los cuadros del mundo, movió los pies, adelantó, sonriendo siempre, aunque cada vez más enrojecida, y cogiendo y besando una mano de su padre y mirando al pintor, murmuró, sin que pudiera saberse á cuál de entrambos se dirigía, ó si se dirigía á entrambos:

– ¡Gracias!

Al propio tiempo Antonio había cogido la otra mano del general, la besaba también y repetía con voz ahogada lo mismo.

El general, además del calor del beso, sintió el de algunas lágrimas.

. . . .

...Y así como del negro marco trazado con pobres tablas destacó un día pintada la figura gentil de Cecilia, y así como del marco de ébano de aquella estancia había destacado la figura viviente y aun más gentil, por tanto, de la misma Cecilia, así del tenebroso marco que había cerrado hasta aquella hora la existencia triste de Antonio Alegre destacó la esperanza con tan claras y risueñas tintas como si fuese la felicidad...

Luis Alfonso

EL HOMBRE DEL VIOLÓN

I

– Daniel: ¿quieres que juguemos la cena al *bezigue*?

– ¿Tienes deseos de jugar, ó de cenar?

– De ambas cosas.

– Pues si prescindes del primero de esos deseos, me comprometo á satisfacer el segundo.

– Gracias, pero no se trata de eso. Da lo mismo que me convides que ser yo el que convide. Lo que quiero es demostrarte que al *bezigue* no puedes luchar conmigo.

– Pues dalo por demostrado y pide de cenar para los dos.

– Es muy temprano para cenar, no son más que las dos; por eso te proponía que jugáramos.

– Estoy tan aburrido, que se me caerían las cartas de las manos. Mañana jugaremos á lo que quieras; hoy te agradecería que cenaras conmigo, que bebieras mucho y me hicieras beber más, y quizás espantaría la mala mosca que me ha picado.

– Dios los cría y ellos se juntan. Si á tí te ha picado una mala mosca, á mí me ha picado un alacrán. Si pudiera jugarse al *spleen* te demostraría que si al *bezigue* te venzo, al fastidio te revenzo. Y lo más notable es que si me preguntan por qué me aburro, sólo podría contestar: Porque me aburro.

– Idem de lienzo, chico. Hace unos días todo me está saliendo bien. Hice las paces con mi tía, quien me pagó una deuda, que no diré que me quitaba el sueño, pero que me molestaba. He ganado al *bacarrat* no sé cuántos papeles de á mil. Después de tres meses de espera y de haber empleado toda clase de reclamos, sin que la pieza se pusiera á tiro, por fin cayó cuando ya desesperaba de alcanzarla y había abandonado el puesto; pero en vez de la pasión que buscaba, sólo encontré comercio, y esto que en cualquier otro momento no me hubiera sorprendido, pues sé que el amor se vende á plazos y al contado, me produjo gran desencanto, pues esperar tres meses lo que después ha de pagarse, es demasiada espera cuando se tiene dinero para adquirir apenas se desea.

– Veo que al menos tienes una causa para sentir hastío, pero ¿y yo, que me aburro sin saber por qué?

– Resumen de la discusión; tú con causa y yo sin ella, es el caso que nos aburrimos. Esto lo tenemos ya averiguado; por lo tanto, no discutamos ni hablemos más de ello y busquemos el remedio á nuestro mal. Comeremos poco y beberemos mucho. El vino nos hará dormir y mañana... mañana... Mañana quizá nos aburriremos más. Algunas veces creo que el haber nacido rico es una desdicha de clase extra. Yo no sé trabajar, no sé hacer nada útil y puedes creer que lo siento. Algunos días cuando voy á casa á acostarme á las diez de la mañana, después de haber ganado ó perdido, perdido las más de las veces, algún dinero al treinta y cuarenta, ó á cualquier otra cosa, y veo á las gentes que van á trabajar, los unos á su oficina, los otros á su taller ó almacén, los miro con envidia y me indigno al suponer que á su vez ellos me envidian, y entonces siento...

– Sueño: te vas á la cama, duermes como un lirón y al despertarte á las cuatro de la tarde, tus ideas se han modificado y ya no piensas en que el trabajo sea una virtud, ni envidias al oficinista, ni al hortera, ni al obrero, y te explicas cumplidamente que ellos á su vez te envidien. Pero mira, déjate de filosofías que no entendemos y hazme el favor de oprimir ese timbre para que venga el mozo.

Hizo Daniel lo que su amigo le decía, que (entre paréntesis, es hora de decir que respondía al nombre de Joaquín) y un mozo del Veloz (pues en él se hallaban los hastiados jóvenes que hasta ahora han hablado, si no por pluma de ganso, por pluma de acero), un mozo de negras y bien cortadas patillas, ofreció sus servicios á aquellos niños mimados por la fortuna, á la que con razón pintan ciega.

Pidieron y se les sirvió la cena, y cuando á cenar comenzaban entraron en el gabinete en que estaban Daniel y Joaquín, otros mozalbetes de su mismo género, especie y familia, es decir género neutro, especie zánganos, familia gomosos *pschut*.

Saludáronse afectuosamente los sietemesinos que entraban y los que se hallaban en el casino.

Al verlos, ni Linneo, ni Blainville los hubieran clasificado en la especie *homo sapiens*. *Homo*, haciéndoles gran favor; pero *sapiens* en manera alguna. ¿Cómo habían de figurar en el mismo grupo que los Fernández de Córdoba, los Hernán Pérez del Pulgar, los Albas, los Tendillas; aquellos engendros enclenques y enfermizos? Y sin embargo, los apellidos de los grandes capitanes de España los lucían aquellos catirrinos y titis. *Sic transit gloria mundi*. La llegada de aquellos elegantes de la *highestlife* que de la *high* es poco, pues de la más alta crema eran, fué ruidosa. Sonaron voces, gritos, carcajadas, se pronunciaron palabras necias, palabrotas y soeces groserías.

Al rededor de dos mesas formáronse dos grupos, y si en el uno la conversación era frívola, en cambio en el otro era murmuradora; y cuando en uno de los grupos dejaba de ser murmuradora hacíase frívola, y así cambiando, cambiando, pasaban las primeras horas de la mañana aquellos afortunados seres, dignos ciudadanos y grandes de España; de España, país de los viceversas, según dijo no sé quién.

Eran ya las cuatro de la madrugada y decaía la conversación y cesaban las voces y el griterío.

Parecía que el fastidio que padecían Joaquín y Daniel era contagioso.

Durante un instante callaron todos. Al fin interrumpió el silencio un caballerete á quien llamaban Cucú y que era un parásito de aquellos ricos señoritos, á quienes servía de hazmerreir, pero haciéndoles pagar sus carcajadas á subido precio.

– Conde, dijo el llamado Cucú dirigiéndose al que hasta ahora conocemos por el nombre de Daniel, y que efectivamente tenía el título de conde de la ***; ayer al volver de Aranjuez, adonde fuí con Pepe Prena, ví desde el tren una magnífica posesión que tienes en V... ¿Cuándo nos llevas allá y nos das un almuerzo?

– Cuando me demuestres que tienes asegurada la comida por espacio de un mes.

– Pues entonces dispón para mañana la partida.

– ¿Te ha tocado la lotería, ó has heredado á algun tío que tenías en Indias?

– Nada de eso, pero estoy seguro de que si lo necesitara no te negarías á darme de comer, no digo durante treinta sino sesenta días, y tengo esto por tan seguro que doy por ganada la apuesta y espero que muy en breve veré tu finca de V...

– Bien por Cucú, dijo uno.

– Ole, ole, añadió otro, te pescó en tus redes, Daniel.

– Y no tienes más remedio que llevarnos á V..., dijo Joaquín.

– Pues me queda un recurso que me resultará doblemente lucrativo, contestó Daniel; jurar que en la vida volveré á convidar á Cucú, con lo cual me ahorraré muy buen dinero y habré ganado la apuesta.

– Cierto estoy de que ese juramento no le harás, repuso el desvergonzado Cucú, porque tus cuatrocientos abuelos se estremecerían en sus tumbas, y además porque ¿qué sería de tí si yo te abandonara, desdichado? Tú que por desgracia estás solo en el mundo, sin padres, sin hermanos, sin tíos.

– Tíos? tengo uno, dijo Daniel.

– Uno sí, y que te ama como un padre. Yo, yo soy tu tío, y tu padre, y tu tutor, y tu hermano, y tu consejero, tu guía.

– Y mi pesadilla.

– No seas embusterò, Daniel; si á quien más quieres en el mundo es á mí, más que á... ¿lo digo? No, no lo digo, que no hace al caso. Y al quererme no haces más que lo que debes. ¿Acaso porque yo no tenga ni la fortuna que tú tienes, ni un nombre distinguido, ni un título nobiliario, no soy digno de aprecio? ¿Hemos hecho ninguno de los dos nada para ocupar las posiciones distintas que ocupamos? Ni tú elegiste la madre que había de darte el ser, ni yo la elegí. A tí te enseñaron á gastar el dinero que tenías; á mí no me enseñaron á ganar el que me hacía falta. A tu buen juicio dejo decidir quién tiene mayores méritos.

– No puedo fallar en este pleito, porque soy á un mismo tiempo juez y parte.

– Yo fallaré por tí, pero advirtiendo que me llamo á la parte. Cucú tiene razón. En él hay más méritos que en nosotros. Y su trabajo no deja de ser penoso. – ¿Qué esfuerzos hacen el albañil, el peón, el cargador para ganarse la vida? Esfuerzos materiales. La inteligencia no trabaja ni es necesaria para colocar ladrillos, para destripar terrones, ni para cargarse al hombro un baúl mundo. En cambio, ¿cuánto ingenio no se necesita para obligar á un sastre á que haga un frac á quien no tiene domicilio conocido? ¿Cuánto talento no se necesita para vivir en una fonda durante meses y meses sin pagar al fondista? ¿Qué derroche de fósforo no es preciso para...

– Encender un cigarro del estanco, interrumpió Cucú. Y advierto que no digo esto tan sólo porque el tabaco nacional sea incombustible, sino porque procurarse un cigarro de medio real, cuando se carece de ese medio real, es obra de romanos, hallar el fósforo que ha de encenderlo, difícil es, pero ya con el cigarro *oficial*, encenderlo es tarea ciclópea.

Al concluir Cucú de pronunciar estas palabras sonaron

palmadas y bravos. Como en la tierra de los ciegos el tuerto es el rey, entre aquellos caballeretes, el ingenio escaso pero desvergonzado de Cucú, resultaba verdaderamente peregrino.

Durante unos minutos produjose un verdadero alboroto: hablaba Daniel, gritaba Joaquín, chillaba Cucú, alborotaban todos. Por fin uno dotado por la naturaleza de voz tan potente como la de Neptuno cuando pronunció el *Quos ego!* impuso silencio con estentórea voz y decidió de pleno la cuestión diciendo:

–¡Caballeros: si lo sois, oidme! Joaquín comenzó el juicio haciendo la defensa de Cucú, yo si me hacéis el honor de proclamarme juez, voy á sentenciar. ¿Me dais atribuciones para ello? Guardáis silencio, por lo cual recordando el refrán que dice que: Quien calla otorga; me doy por otorgado y pronuncio la siguiente sentencia. Suprimo los resultandos y considerandos y paso al fallo. Fallamos que debemos condenar y condenamos á D. Daniel Orsay, conde de la ***, á tres días de destierro en el vecino pueblo de V... y al pago de las costas por temerario, entendiéndose que las costas equivaldrán al viaje de los presentes al sitio de su destierro y al pago de todos los gastos que su estancia allá ocasione. Pueblo, ¿apruebas mi sentencia?

–¡Aprobada! ¡Aprobada!

–Y tú, ¿qué tienes que alegar? dijo el juzgador al juzgado y sentenciado.

–Que no apelo de la sentencia y cumpliré la pena.– Prometo llevaros á V... y esta será mi venganza, pues tanto habéis de aburriros que de jueces pasaréis á reos. La sentencia me proporciona un placer. Estoy aburrido hasta tal punto que en V... he de distraerme, si no de otro modo gozándome en vuestro daño. Y para no retrasar mi africana venganza, mañana mismo ha de empezar á cumplirse. Señores y caballeros, Cucú inclusive, mañana á las tres os espero aquí. A las cuatro parte el tren para V... Mañana por la noche comienza mi venganza. ¡Buenas noches! hasta mañana. Cucú, vente conmigo y me acompañarás á mi casa, y si esta noche no tienes dónde dormir, en mi casa hallarás un rincón en que acogerte.



DE COMUN ACUERDO, cuadro de Leopoldo Schmutzler

–Voy contigo y acepto el rincón, y luego, si te atreves, dí que soy rencoroso. Te he ganado en tal combate tres días de vida en V... y esta noche dormiré en tu casa y mañana iré á V... y dentro de cuatro días todo te lo habré perdonado.

Aun duró algún rato la conversación.

Por fin se despidieron Cucú y compañeros mártires, quedando en reunirse al siguiente día.

Quedáronse solos los criados del Casino. Maldijeron un rato de aquellos señoritos viciosos á cuya costa y sin gran trabajo vivían.

–¡Vaya unas horas de retirarse! dijo uno de los criados.

Quitóse el mandil. Cogió su bastoncillo y su gorra y murmurando entre dientes de la vida licenciosa que llevaban aquellos *duqueses*, *marqueses* y *condeses*, se fué á una taberna próxima en donde le esperaban algunos compañeros para jugar al mús la cena, unas cuantas *tintas* y las pesetas que había recibido de propina durante aquel día.

No dejan de tener interés los siguientes detalles. El mozo murmurador perdió la cena, las *tintas* y las pesetas, después de lo cual y á pesar de lo cual, fué bastante alegre á su casa, pero sin un cuarto en los bolsillos; pegó dos *chuletas* á su mujer, y después, cuando ya hacía algunas horas que el sol se paseaba por los espacios que él veía, se acostó diciendo: ¡Pero qué señoritos tan viciosos!

PEDRO TALAVERA.

(Continuará)

LOS DERIVADOS DEL PETRÓLEO

A cada momento ofrece la industria nuevos productos, de singulares propiedades y susceptibles de muchas aplicaciones, al punto mismo de su descubrimiento, extraídos, la mayoría de las veces, bien del carbón, bien del petróleo. Ya es la *parafina*, mezcla de variadas substancias, ya la *sacarina*, extraño azúcar apenas soluble en el agua pura, pero que la endulza sobremanera, ya la *vaselina*, materia grasa cuyo uso se extendió al instante, ya los aceites y éteres del petróleo ó los variadísimos é innumerables colores preparados con los productos de la destilación seca del carbón de piedra. En ambos casos ofrece la Naturaleza la primera materia, abundante en determinados parajes, y al hombre toca beneficiarla en sus más inmediatos usos y transformarla luego, obteniendo de ella diversos productos, que exigen operaciones y artificios muy varios, aunque el fundamento de todos ellos estriba en el mismo principio, á saber: demostrado, en virtud del análisis, que los materiales naturales son mezclas ó combinaciones de productos, casi siempre líquidos y desigualmente volátiles, el calor puede separarlos cuando se emplee de modo adecuado, teniendo averiguada la temperatura á que cada cuerpo destila, y he aquí de qué suerte las destilaciones fraccionadas, de tan frecuente uso en los laboratorios, aplícanse á lo grande y sirven para extraer de los petróleos brutos de los pozos americanos la gasolina y el petróleo refinado que tantos usos tiene y muchos otros productos, á la par objeto de las más pacientes, atentas y curiosas investigaciones y de adelantadas y modernas industrias. La Naturaleza con sólo los elementos del agua, del aire y del ácido carbónico parece haber puesto todas sus energías en formar y constituir la más complicada y heterogénea mezcla y el hombre, ayudado de tan poderoso agente como el calor, pone toda su solicitud é invierte su ingenio en separar lo estrechamente unido, rompiendo los lazos que la afinidad forjara, destruyendo alianzas y combinaciones, formando otras nuevas, quizá más estables y produciendo, después de una labor verdaderamente anárquica, las formas de mayor belleza y las manifestaciones de mayor gallardía, dentro del inmenso é indefinido cuadro de las apariencias que reviste la perenne é indestructible energía en su continuo mudar.

Quien busque ejemplos singularísimos de sus operaciones más sublimes, quien indague cambios y transformaciones de una misma substancia, asistiendo, por decirlo así, á sus metamorfosis más esenciales y características y el que pretenda, ejercitando y poniendo en práctica sus varios procedimientos, conocer el maravilloso alcance de los métodos de la Química, cuando se aplican á investigar los elementos de los compuestos de mayor complejidad y se utilizan en la obtención de nuevos derivados, á cada punto extraídos de los primitivos materiales ó de substancias y cuerpos de ellos formados, hallará el cumplimiento de sus deseos, encontrará el término de sus anhelos y afanes y el campo más amplio que á los estudios de todo género pueden ofrecer de consuno la ciencia y la industria, en los derivados del petróleo, en aquella serie de cuerpos aislados cuando se destila la nafta, que pródiga y generosa nos ofrece la Naturaleza, sobre todo en ciertos terrenos de la afortunada América, constituyendo admirable fuente de riqueza.

Cuanto la aventurada hipótesis pudo prever tratándose de metamorfosear los compuestos de carbono, añadiendo elementos ó grupos de ellos á los cuerpos primitivos, á la continua binarios, formados de hidrógeno y carbono, ó substituyendo el primero conforme á ley bien conocida por otros elementos ó grupos de elementos nombrados radicales, todo se ha realizado al destilar la hulla y el petróleo, sometiendo luego cada uno de los cuerpos aislados á la acción de los reactivos, y he de advertir cómo respecto de la nafta natural ella misma contiene ya formados muchos de sus derivados y puedo citar la parafina



Facsímile de una fotografía de la luna obtenida en el Observatorio del monte Hamilton (California)

(Prueba directa sin aumento)

entre los menos volátiles y los éteres de peligroso manejo, que hierven á cuarenta y cinco grados. Siendo el petróleo, tal como se extrae de los pozos de América ó de los lagos del Cáucaso, una mezcla de muchos compuestos de carbono é hidrógeno, se comprende bien cómo sus derivados han de ser hidrocarburos, cada vez más ricos en carbono, hasta venir á parar en aquella especie de cok ó residuo carbonoso que queda al fin de las operaciones en los aparatos en que se destila la nafta. Examinemos ligeramente los productos obtenidos del petróleo cuando sobre él actúa el calor hasta la temperatura de quinientos grados y verémoslo confirmado.

Es la nafta, ya la natural, ya la extraída de betunes y asfaltos, un aceite oloroso que contiene muchas materias extrañas y á ellas debe su color obscuro. Fórmanla, según va dicho, gran variedad de hidrocarburos, casi todos de la serie á que sirve de tipo el formeno ó gas de los pantanos, unos – y son los más sencillos – gaseosos ó tan volátiles que al punto se utilizan, en los mismos parajes donde brota la nafta, y sirven para la calefacción y el alumbrado, al igual del gas de la hulla. Vienen luego las esencias del petróleo, los aceites empleados en las lámparas, los aceites pesados y los residuos, y he de observar que cada uno de estos productos es una mezcla de muchos otros, todos compuestos de carbono é hidrógeno en diferentes proporciones, distinguiéndose, á veces, sólo en el punto de ebullición, tan próximo en ocasiones que apenas parece haber diferencia alguna. En uno de los períodos de la destilación de la nafta se obtiene el nombrado aceite mineral, producto que purificado de manera conveniente es el petróleo que da la industria, útil para arder produciendo buena luz y no dejando al quemarse el menor residuo.

Al calentar el petróleo bruto, privado ya de los compuestos gaseosos, destilan, desde la temperatura de cuarenta y cinco grados hasta la de setenta, los llamados *éteres del petróleo* que son mezclas de hidrocarburos, sobre todo de los hidruros de amileno, hexileno y heptileno y forman aceites muy ligeros y volátiles, al punto de poseer gran tensión de vapor á la temperatura ordinaria. Por eso fácilmente se inflaman y su manejo es peligroso; no obstante su cualidad de disolver muchas substancias y la misma facilidad con que pueden eliminarse ya destilando á temperatura baja, ya por mera evaporación espontánea, hace que los éteres de petróleo reciban cada día nuevas aplicaciones y que en no pocos casos substituyan con notable ventaja al mismo alcohol, y bastará recordar su papel en cierto género de análisis, cuando trátase de separar bases orgánicas, y cómo intervienen cuando se preparan en grande los alcaloides llamados naturales.

A su vez los productos más volátiles obtenidos de la nafta originan importantes derivados, que por ser cuerpos incompletos se recombinan constituyendo los términos de aquella serie de carburos pirogenados que estudió Berthelot. Cuando el vapor de los éteres del petróleo atraviesa un tubo de hierro enrojecido al fuego se produce el fenómeno de la disociación: los elementos de los hidrógenos carbonados que los constituyen rompen los lazos de la afinidad y, á lo menos en parte, se separan pudiendo tener al cabo productos sin descomponer y productos descompuestos, gozando los elementos de los primeros de tal suma de energía que pueden contraer en un punto nuevas alianzas, y así se comprende que pasada la temperatura de disociación y continuando el calor, se constituyan los carburos pirogenados de una parte y de otra los que puedan resultar de condensaciones y combinaciones bien de los mismos, bien de los cuerpos no disociados. Del primer género, que es una verdadera síntesis, es la formación del antileno, el etileno, el amileno y el propileno, y al segundo corresponden, por ejemplo, las diversas combinaciones del antileno con otros hidrocarburos como el etilantileno y el propilantileno.

En cuanto la temperatura pasa de setenta grados y hasta que alcanza ciento veinte, se obtiene en la destilación de la nafta el líquido nombrado *esencia de petróleo*, también mezcla de hidrógenos carbonados ya más ricos en carbono. Producto oloroso y volátil emite vapores á la temperatura ordinaria; se emplea en el alumbrado llamándose *gas mill* usando lámparas de esponja, y la propiedad que tiene su vapor de mezclarse con el aire dando un producto inflamable, que arde con llama blanca muy luminosa y sin humo, es causa de que se emplee, substituyendo al gas de la hulla, á cuyo fin se carga el aire de vapor de la esencia del petróleo y se conduce por tubos, á la presión necesaria para que pueda inflamarse en los mecheros.

Desde ciento cincuenta á doscientos ochenta grados destílanse de la nafta hidrocarburos superiores, ya mucho menos volátiles, cuya mezcla no emite vapores ni con facilidad se inflama. Este producto – el más importante de cuantos el petróleo contiene – se trata primero con ácido sulfúrico, luego con lejía de sosa, cuerpos que le privan de las impurezas y substancias extrañas, y filtrado, más tarde, constituye el aceite mineral ó petróleo de tan frecuente uso en el alumbrado y cuya preparación es el objeto principal de las industrias americanas que explotan los pozos de nafta.

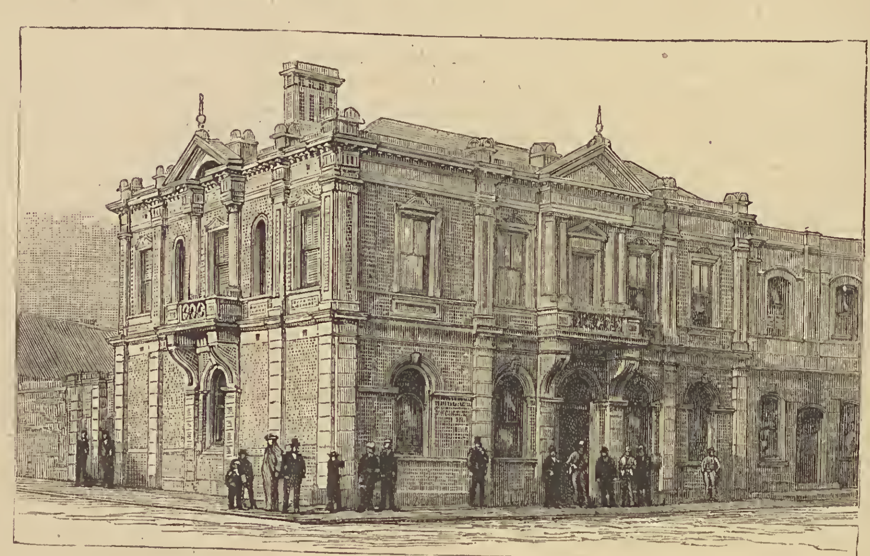
No para todavía en esto la destilación de tan curiosa materia. Hasta la temperatura de cuatrocientos grados produce hidrocarburos, á cada paso más ricos en carbono y de consiguiente más cercanos del residuo carbonoso, *aceites pesados* que si no sirven para arder, se utilizan para lubrificar las máquinas: fórmanlos productos sólidos y entre ellos se encuentra buena proporción de parafina.

Los residuos de tantas operaciones calentados al aire libre mientras desprenden humos de olor acre y decolorados con carbón dan, al fin de varios tratamientos, esa substancia blanca é inodora, verdadera grasa mineral, inalterable y sobremanera útil é importante, la *vaselina*. De los restos de ella cabe todavía obtener nuevos productos gaseosos combustibles y al término de la destilación sólo queda en la retorta amorfa masa carbonosa, que bien puede considerarse límite de la serie numerosa de hidrocarburos aislados.

Cuando se recoge la masa viscosa, que resta de la nafta después de extraído el *aceite de petróleo* empleado en el alumbrado, y se destila á fuego desnudo, además de quedar en los aparatos un carbón parecido al cok de la hulla y desprenderse diversos gases y cuerpos bastante volátiles, prodúcese el *petroceno*, curiosísimo cuerpo sólido de color verde obscuro, denso, mezcla de hidrocarburos asimismo sólidos, muy condensados y tan ricos en carbono que algunos contiénenlo en la proporción de noventa y siete por ciento. Añádase á los cuerpos enumerados la *parafina*, sólida y blanca, que sirve, entre muchas otras cosas, para fabricar bujías, aislada de las materias que destilan entre trescientos y cuatrocientos grados, y se tendrá ligera idea del número y variedad de los derivados del petróleo natural.



El Banco de Africa, Johannesburg, tal como era en 1887



El Banco de Africa, Johannesburg, tal como es en 1890

Bien puede decirse que constitúyenlo por entero combinaciones de hidrógeno y carbono, desde las de mayor sencillez hasta las más condensadas. Aquellos dos elementos primordiales de toda substancia orgánica halláronse presentes un punto y la Naturaleza formó con ellos, agrupándolos en variadas cantidades, los productos gaseosos que se eliminan solos apenas se descubre la nafta, los éteres y esencias, la vaselina y la parafina y los cuerpos muy fijos, casi todos carbono, que forman el petroceno. Cuando se formó el petróleo bruto realizóse en verdad una magnífica obra y las energías naturales produjeron uno de sus más admirables y complicados productos; pero no es menos bella y grandiosa la obra humana consistente en separar, mediante el solo empleo del calor, lo unido y mezclado, logrando aislar en los momentos ó puntos singulares de su hermosa labor, buena copia de productos cuyas propiedades aseguran la satisfacción de muchos deseos y el goce del bienestar que proporcionan los mejores descubrimientos.

José Rodriguez Mourelo

Imp. de Montaner y Simón